

gana y era corriente el dicho: *bajar á la alcantarilla es como entrar en la fosa*. Leyendas de todas clases, según llevamos relatado, cubrían de espanto ese vertedero colosal; temible sentina donde aparece la huella, así de las revoluciones del globo, como de las revoluciones de los hombres, y en la cual se encuentran vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas diluvianas, hasta el harapo de Marat.

LIBRO TERCERO

Á UN TIEMPO LODO Y ALMA

Encontrábase Juan Valjean en la alcantarilla de París.

Otra semejanza de París con el mar. El buzo puede desaparecer allí como desaparece en el Océano.

La transición era inaudita. En medio mismo de la ciudad, Juan Valjean había salido de ella y, en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo preciso para levantar una tapa y volverla á dejar caer, había pasado de la luz á las tinieblas, del medio día á la media noche, del ruido al silencio, del torbellino de los truenos al estancamiento de la tumba, y por una peripecia mucho más prodigiosa que la de la calle Polonceau, del mayor peligro á la seguridad más absoluta.

Caída repentina en una cueva; desaparición en los calabozos de París. Dejar aquella calle, donde en todos lados veía la muerte, por una especie de sepulcro, donde debía encontrar la vida, fué un extraño instante. Permaneció algunos segundos como aturdido, escuchando estupefacto. Habíase abierto de improviso ante sus piés la trampa de salvación, cogiéndole, digámoslo así, por traición la bondad celeste. ¡Adorables emboscadas de la Providencia!